

Claudio Arrau

Por CARLOS OTERO SILVA.

La noticia que nos trajo el cable, sobre los conciertos que ha dado en Londres y París, nuestro compatriota, el notable pianista Claudio Arrau, nos ha hecho pensar en lo portentoso que es el estudio del espíritu y del inmenso valor que tiene el espiritualismo en este mundo materialista que ha causado las dos últimas guerras, con todo su cortejo de ca-

lamidades. Dice el cable que la particularidad que se ha notado en Claudio Arrau es que ha unido a su técnica perfecta, un sentimiento, una emotividad tan grandes, que hace que su ejecución sea magnífica y digna de los aplausos atronadores, con que el público ha premiado cada uno de sus conciertos. Pero lo que más ha llamado la atención del público, conocedor de la frialdad con que otrora ejecutaba el virtuoso del piano, es que ahora, antes de cada concierto, Arrau, se entrega a una concentración yogui durante 10 minutos.

Esta nueva disciplina y el hecho de que Arrau haya cumplido 42 años, es lo que nos ha hecho pensar en el enorme valor que tiene el espiritualismo, en esta época en que se nota un verdadero renacimiento de las doctrinas espirituales, en esta pobre humanidad cansada ya de luchas, de doctrinas y de ideas materialistas. En efecto, cada día que transcurre nos acarrea la comprobación de las enseñanzas filosóficas de los antiguos; cada uno de nosotros experimenta en carne propia los efectos de la Suprema Ley: la que rige los hechos naturales y sobrenaturales, la que exige el cumplimiento de los ciclos, la que dirige nuestros goces y nuestros sufrimientos. Cuando procedemos mal y sembramos vientos, tarde o temprano recogemos ese mal y cosechamos las tempestades que abaten nuestro espíritu; a la inversa, cuando procedemos bien y cumplimos con el Amor, recogemos beneficios y todas las puertas se nos abren, el mundo nos parece más ancho, más liviano, más acogedor... y es que se está cumpliendo, en uno y otro caso la ley de la compensación, la que los filósofos de Oriente llaman la Ley de Karma. Mientras vivimos estamos cumpliendo la ley de los ciclos que es septenaria, por la que sentimos y experimentamos, cada siete años, los cambios fundamentales de nuestra vida, y es así, como a los siete años tenemos el uso de la razón, a los catorce, la pubertad, a los 21 la mayoría de edad y a los veintiocho dejamos atrás las locuras de la juventud, y así vamos viviendo y vamos cambiando, insensiblemente nos vamos afinando hasta llegar a los 42 años, en que nuestros gustos, aficiones, experiencias y conocimientos se plasman y llegamos a tener una mejor comprensión, somos más humanos, más buenos. Al cumplir los 42 años son legiones los hombres que perfeccionan su vida, su técnica, como es el caso de Arrau. Si estudiamos la vida de los hombres gigantes de la humanidad, de los que han sobresalido en las Artes, las Letras y las Ciencias, comprobamos que han tenido su punto más álgido en las cercanías de los ciclos septenarios, es decir, entre los 28, 36, 42 y 49 años. Es en estos años cuando el poder de la concentración, que tanto aconsejan los filósofos de Oriente, da sus mejores frutos y puede uno comprender mejor la suprema verdad que es vida, luz, amor y paz...